

Poca calma en Europa
(El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)
León Trotsky
15 de marzo de 1917

(Versión al castellano desde “Le socialisme international du point de vue américaine. Pas très calme en Europe”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 276-278.
Publicado el 15 de marzo de 1917 en *Novy Mir*)

En Europa reina la inseguridad. Desde el este ruso sopla un viento primaveral, portador de alarma y de clamores revolucionarios, empujado por los obreros de Petrogrado y Moscú. Hace dos años los Hohenzollern y los Habsburgo habrían recibido con gozo noticias concernientes a una revolución en Rusia. Pero ahora esas noticias tienen que llenarlos de inquietud. Alemania está alterada y la atmósfera es siniestra en Austria. Los submarinos alemanes hunden, no sin éxito, el material de guerra aliado pero son incapaces de suministrar un trozo de pan o de mantequilla a las madres de familia alemanas. Y las manifestaciones de las mujeres hambrientas en Petrogrado y Moscú mañana pueden provocar un eco en el corazón de las madres en Berlín y Leipzig.

“Tenemos que vencer”, ha dicho recientemente en Dresde el jefe del partido conservador, el conde Westparp, “y tenemos que recibir indemnizaciones de guerra, de lo contrario, tras la guerra el soldado alemán tendrá que pagar cinco veces más en impuestos”. El ministro de finanzas de Francia, M. Ribot, es de la misma opinión que Westarp: hay que vencer a Alemania y recibir de ella una contribución de guerra, sin eso los dirigentes se verán en un mal paso cuando sea necesario rendir cuentas al pueblo. Pero la victoria está actualmente tan lejos como en el primer día de la guerra. Y Francia, con su población que ha dejado de crecer, ya ha perdido un millón y medio de soldados. Y tantos cojos, mancos, locos, ciegos, etc... Los jactanciosos “patriotas” y los charlatanes políticos, que no conocen la responsabilidad pero sí que conocen muy bien el miedo, están asustados. El parlamento francés busca salir del atolladero. ¿Qué hacer? Se apresta a lanzar por la borda a Briand, el padre protector de todos los aventureros financieros y políticos, para reemplazarlo por un “tipo” de la misma especie pero de menor envergadura.

Inglaterra también está presa del desconcierto. Lloyd George demostró ser un gran habilidoso cuando se trató de ponerle la zancadilla a su jefe, Asquith. Los papamoscas y los simples confiaban en ver a Lloyd George aplastar a los alemanes en un abrir y cerrar de ojos, pero el pastor emancipado, colocado a la cabeza de los bandidos del imperialismo inglés, ha demostrado ser incapaz de realizar milagros. La población, tanto en Inglaterra como en Alemania, se convence cada vez más de que la guerra ha desembocado en un callejón sin salida. La propaganda contra la guerra encuentra cada vez más eco. Las prisiones están superpobladas de socialistas. Los irlandeses exigen la aplicación del Home Rule y el poder británico les responde deteniendo a los revolucionarios del Eire. El gobierno italiano, que ha aportado a la guerra más apetito que fuerzas militares, no se siente en mejor posición. Por una parte, los submarinos austrohúngaros crean dificultades a las importaciones indispensables de carbón. Por otra parte, los socialistas italianos, con un indiscutible coraje, llevan adelante una propaganda contra la guerra. La retirada del dictador húngaro Tisza no

puede, en ningún caso, alegrar al primer ministro italiano Boselli. Le da qué pensar demasiado en su propio fin.

En las asambleas parlamentarias y los círculos gubernamentales de Europa se ha lanzado la alarma. Las crisis ministeriales están en el aire y si los jefes “de la guerra nacional”, tan atareados como están, no han sido todavía reemplazados es porque se tiene miedo a los aventureros y a los hombres de acción parlamentaria de peso para que se encarguen del fardo del poder.

Durante este tiempo la máquina de guerra trabaja sin respiro. Todos los gobiernos desean la paz y la temen al mismo tiempo pues el comienzo de las negociaciones de paz anuncia el de los ajustes de cuentas. Sin ninguna esperanza en la victoria, los dirigentes continúan la guerra intensificando sus métodos de destrucción. Se hace claro que la sola intervención de una tercera fuerza no será suficiente para poner fin a la mutua destrucción de los pueblos europeos. Esta tercera fuerza sólo puede ser el proletariado revolucionario.

El miedo ante su intervención inevitable es el punto fuerte de los gobiernos. Las crisis ministeriales y las riñas parlamentarias desaparecen ante el miedo que inspiran las masas engañadas. Bajo esas condiciones, las huelgas y la agitación en Petrogrado y Moscú adquieren un significado político que supera, de lejos, las fronteras de Rusia. Es el comienzo del fin. Cada acto decisivo del proletariado ruso contra el más indigno de todos los gobiernos indignos de Europa, sirve de impulso al movimiento obrero en cada país europeo. La cáscara de la mentalidad patriótica y de la disciplina de guerra ha disminuido tras treinta y un meses de guerra; ha quemado los últimos cartuchos. Un golpe vigoroso más y desaparecerá como el polvo. Los dirigentes lo saben. Por ello en Europa hay poca calma.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es